

Malthusianismo Fúnebre.

("Nuevo Mundo", Madrid, 3 agosto 1905)

2-123

111

2-61

## MALTHUSIANISMO FÚNEBRE

Al decir, en cierta ocasión, el difunto D. Francisco Silvela que el pueblo en España no deseaba instrucción, provocó las mentidas protestas de una parte de la prensa. Fingieron disgustarse por aquel juicio.

Y el tal juicio, sin embargo, tenía un gran fondo de verdad. Una buena parte, si es que no la mayoría de nuestro pueblo, no siente anhelo ninguno por instruirse, debido á la sencilla razón de que no tiene experiencia alguna de las ventajas que reporte el ser instruido. A medida

que se persuaden las gentes de la utilidad de saber leer, escribir y contar, se apresuran á enviar á sus hijos á la escuela, y es un hecho, que en los años que llevo de rector tengo comprobado, el de que se cuidan, ocupan y preocupan más de la enseñanza aquellos pueblos á los que tocó en suerte—pues no más que suerte, y suerte de sorteo es—un buen maestro de primeras letras.

Las vacaciones escolares empiezan, según la ley, el 15 de Julio, durando hasta el 31 de Agosto, y ésto en toda España y sin tener en cuenta alguna las diferencias entre regiones y comarcas; pero de hecho, en cuanto empiezan la siega y trilla, dejan los niños de asistir á la escuela para ir á asistir á sus padres en las faenas de campo. Y durante el período, todos los escolares faltan á la escuela siempre que sus padres los necesitan. Un niño de ocho años se queda en casa á cuidar á los más pequeñitos, ó se va á pedir limosna, ó á ganar, de cualquier modo, unas miserables perrillas con que acrecer el jornal de su padre.

Los padres sacrifican tranquilamente á sus hijos, y para nada toman en cuenta el porvenir de éstos.

Quejésem una vez una maestra del mal estado de la escuela, de asistencia mixta, á cuyo frente ella se hallaba. Hice que giraran visita y que me informase el médico, y resultaba ser un indecente chamizo, sin más que un pequeño hueco, soterrado en parte, húmedo é insuficiente, y donde los niños se encontraban como las ovejas en el sudadero, cuando se les prepara para el esquila. Mandé cerrar la escuela, y al poco tiempo se me presentó el alcalde del pueblo quejándose de la medida y de la maestra. Y al manifestarle cuáles eran mis informes y por qué había ordenado la clausura de la escuela, no negó los hechos, ni siquiera el que alguna vez hubiera habido que sacar á algún niño medio asfixiado, sino que vino á decirme, sobre poco más ó menos, lo siguiente:

«Bien, eso está bien aunque se exagera, y nuestros hijos no son ningunos señoritingos, y bueno es que vayan haciéndose, pues nuestra vida es dura y más tendrán que pasar, pero esa tía—por la maestra—no va á pretender querer á nuestros hijos más que nosotros, sus padres. Y si nosotros les mandamos á la escuela, no es quién ella para pedir que se cierre. Que les enseñe ó no les enseñe, es lo de menos; mejor si les enseña algo, catecismo sobre todo, y cuentas y á leer un poco; pero aunque no les enseñe, lo que impor-



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

# Malthusianismo finebre



ta es que les tenga sujetos y encerraditos, y que no nos den guerra en casa y por los campos. Porque ahora se andan subiendo á las tapias y pisando los sembrados. En este mes y medio que lleva cerrada la escuela, me ha roto la mi niña un par de zapatos, y si la hubiese tenido allí, sentadita en su banco, leyendo en la cartilla ó zurciendo, no los habría roto así.» Etcétera, etc., etc.

Cosas como ésta se oyen á diario. Y se pregunta uno al oír discurrir de tal suerte, si es ignorancia ó brutalidad. Y es las dos cosas.

A primera vista parece ignorancia, pero cuando se ahonda un poco, llega uno á asomarse á un pozo muy negro y muy hediondo, y se aparta lleno de horror y de asco.

Lo que voy á decir parecerá á muchos excesivo, pero es la verdad pura: una gran parte de los padres no tienen cariño alguno á sus hijos, y sólo los cuidan cuando llegan á ser colaboradores en la producción.

La mortalidad de niños es espantosa en España; la muerte siega la población española durante la infancia. Expresiones tan terribles como las de «angelitos al cielo» y «teta y gloria», parece que no ocultan bajo sí más que el fatalismo de la ignorancia, mas en realidad hay dentro de ellas algo peor, y es una profesión de malthusianismo. Nuestro pueblo es malthusiano.



*malthusianismo Lu'nebre*



Cuando me hablan de esos pueblos y esas gentes que limitan el número de nacimientos—y es acusación que no sé con qué fundamento suele hacerse á los franceses,—suelo contestar siempre: También aquí la mayoría de nuestro pueblo, sobre todo el de los campos, es malthusiano; sólo que en vez de limitar los nacimientos, no limita las muertes. Y yo no se quién es peor, si el que toma precauciones para no tener más que uno ó dos hijos y se desvela por criarlos y educarlos y sacarlos adelante en la vida, ó el que los engendra á la buena de Dios, vengan los que vinieren, y los deja también morir á la buena de Dios, sin tomar precauciones contra la muerte de ellos, y hasta agradeciendo allá, en su interior, á la muerte el alivio que le proporciona. «Una boca menos» se dice para sí, y en voz alta suele decir: acaso salga ganando; el dolor es para nosotros, pero en cuanto á él, ¡cuánto mejor está ahora!

He conocido caso, en que he visto dejar un padre morir á un hijo, con la más estúpida apatía distraída de resignación cristiana y de incredulidad en la ciencia médica, y en el fondo creí advertir—es más que horrible esto que cuento—que se sentía aliviado por aquella muerte de un estorbo, para dedicarse más á sus anchas al placer de engendrar quien sustituyera al muerto. Y hé aquí por qué decía que cuando se asoma uno á la boca de ese pozo, en cuyo brocal se lee «angelitos al cielo», se descubre allá abajo, muy abajo, unas aguas muy negras y muy hediondas.

Viendo cómo se cría á los niños en muchos de nuestros pueblecillos, se asombra uno de que los tales pueblos tengan vecinos. «¡Y si viera usted con qué gusto lo agarra!—me contaba una mujer que daba á una criatura de ocho meses el aguardiente en biberón;—nada, que no quiere soltarlo...»

El culto á la niñez es una de las instituciones sociales que está por implantar en España. En todos los respectos, quitan aquí sitio las tumbas á las cunas. La infancia no despierta sino efusiones retóricas y fingidas.

Una de las causas de la decadencia romana, fué el que los patricios entregaban sus hijos á los esclavos, y la juventud romana fué educada por ellos. Y hoy, ¿no son educados no pocos de los hijos de nuestros patricios por criados ó por maestros, ayos ó institutores, á los que no se les considera sino como criados de mayor ó menor categoría? Esto en las clases altas que en muchos respectos, y éste de la educación de los hijos es uno de ellos, se dan la mano con los gitanos, que en cuanto á las clases que llamamos bajas, hay niños que á los ocho meses toman el aguardiente en biberón, y otros que han de estarse clavados al banco de la pocilga, que hace de escuela, para que no destrocen botas y con ellas el bolsillo de sus padres.

Y luego, que nos vengan hablando del derecho de los padres y de la autoridad paternal, y del atropello que comete el Estado cuando se interpone entre padres é hijos. Es el Estado el que tiene que velar por el derecho de los hijos, frente á la barbarie de los padres, ya que en siglos no ha logrado remediar esta llaga hedionda quien debía haberlo hecho.

MIGUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES